

# DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura  
del Grado de Doctor «Honoris Causa» de

Prof. Elizabeth Anscombe (Cambridge)

Prof. José M.<sup>a</sup> Lacarra y de Miguel (a título póstumo)

Prof. John H. McArthur (Harvard)

Prof. Christopher M. Sellars (Sheffield)

Prof. Angel Santos Ruiz (Madrid)

Emmo. y Revmo. Sr. Card. Roger Etchegaray (Roma)



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Pamplona, 21 de enero de 1989

EXCLUIDO  
DE PRESTAMO

# DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura  
del Grado de Doctor «Honoris Causa» de

- Prof. Elizabeth Anscombe (Cambridge)
- Prof. José M.<sup>a</sup> Lacarra y de Miguel (a título póstumo)
- Prof. John H. McArthur (Harvard)
- Prof. Christopher M. Sellars (Sheffield)
- Prof. Angel Santos Ruiz (Madrid)
- Emmo. y Revmo. Sr. Card. Roger Etchegaray (Roma)

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Pamplona, 21 de enero de 1989

DISCURSOS

pronunciados en el Acto Académico de investidura  
del Grado de Doctor «Honoris Causa» de

Prof. Elizabeth Anscombe (Cambridge)

Prof. José M. Lacort y de Miguel (a título póstumo)

Prof. John H. MacArthur (Harvard)

Prof. Christopher M. Sellers (Sheffield)

Prof. Angel Santos Ruiz (Madrid)

Excmo. y Revmo. Sr. Carl Roger Eickegans (Roma)

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

EUROGRAF, S. L. - Tras. T. Ochoa de Alda, s/n - Pamplona - D. L. NA 101-1989

**Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. Alejandro Llano, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en elogio de la Prof. Elizabeth Anscombe**

Excmo. y Revmo. Sr. Gran Canciller:

La Facultad de Filosofía y Letras se siente hoy especialmente agradecida a Vucencia por su benévola acogida a nuestra petición de otorgar el Grado de Doctor *honoris causa* a la Profesora Elizabeth Anscombe.

Nos honra que, a partir de ahora, forme parte de nuestro Claustro Académico una pensadora cuyo vigor y originalidad la sitúan en primera línea de la actual comunidad filosófica.

La Profesora Elizabeth Anscombe ha realizado desde su juventud el ideal filosófico de orientar toda la vida hacia la verdad. Muy hondo es el impulso que le ha movido a escudriñar la realidad sin descanso. Ella misma nos relata que su temprana conversión a la Iglesia Católica le llevó a plantearse el problema de la causalidad, y a descubrir después que esa acuciante cuestión pertenecía al ámbito de los interrogantes filosóficos. Con tal tenacidad indagó en este tema metafísico que, en 1971, su lección inaugural en la Cátedra de Filosofía de la Universidad de Cambridge fue esa pieza maestra que lleva por título *Causalidad y determinación*.

Comenzaba sus estudios de Clásicas y Filosofía en Oxford cuando otro asunto capital —el de la percepción— despertó en ella un apasionado interés. Era el comienzo de su polémica con los fenomenistas y de su larga travesía por la Filosofía de la Mente. Desde 1957 —año de la publicación de *Intention*, su primer libro— nadie duda en reconocer a Elizabeth Anscombe como una autoridad en ese campo de indagaciones que registra quizá los mejores logros de la Filosofía analítica del lenguaje.

Discípula predilecta de Wittgenstein y editora de sus obras póstumas, la Profesora Anscombe recibió del filósofo vieneses inconfundibles impulsos hacia el desarrollo de su propio modo de pensar. Es el suyo un estilo bello e implacable, que se caracteriza por la capacidad de hacerse preguntas insólitas y de responderlas con tanta finura como rigor. La ironía so-

crítica vuelve a estar presente en el origen de un filosofar cuyo campo de acción ya no es un desván de prejuicios y acostumbres, sino el aire libre de incitantes enigmas. Cuando Elizabeth Anscombe discute con Descartes o Hume, cuando interpreta a Aristóteles o a Santo Tomás, lo que hace es mirar con ellos hacia una realidad siempre nueva y sorprendente. Y sus lectores guardamos la íntima convicción de que ella ha logrado ver más.

Miembro de la Academia Británica y Profesora Extraordinaria o Visitante en universidades de todo el mundo, Elizabeth Anscombe ha demostrado cómo la mujer de nuestro tiempo puede compaginar la más prestigiosa labor profesional con una intensa dedicación a la familia. Madre de siete hijos, está casada con el Profesor Peter Geach, cuyas obras de Lógica, Metafísica y Ética hacen de él un clásico de la Filosofía Contemporánea. La entrañable afinidad electiva de ambos pensadores se ha manifestado externamente en ese libro dedicado por ellos a *Tres filósofos* que representan hitos de la común inspiración especulativa de Mr. Geach y Mrs. Anscombe: Aristóteles, Tomás de Aquino y Frege.

El entusiasmo por la verdad que anima y unifica la vida intelectual de la Profesora Anscombe se dilata hacia el territorio de la Filosofía práctica, cuya actual renovación le debe aportaciones decisivas. Su crítica al consecuencialismo moral o su estudio del silogismo práctico son hoy puntos de obligada referencia. Pero es que, además, se ha comprometido en los debates éticos y políticos más vivos de nuestra época. La clásica discusión acerca de la guerra justa era mucho más que un lugar retórico cuando la estudiante de Oxford escribe, en otoño de 1939, un valiente alegato en contra de la destrucción masiva de poblaciones civiles. Lejos de todo pacifismo equívoco, sus juicios morales acerca de la guerra actual se prolongan más tarde en una tajante oposición al empleo de armas nucleares. Su firme actitud de respeto por la vida humana le conduce, desde 1966, a argumentar acerbamente contra el uso de anticonceptivos, cuya conexión con la mentalidad abortista es quizá la primera en señalar.

Si la pensadora profunda y brillante reclama nuestra admiración, no menos digna de elogio es la mujer fuerte, que siempre está en la brecha, en defensa de los hombres.

Los estudiantes y profesores de la Universidad de Navarra hemos tenido la fortuna de gozar frecuentemente del generoso magisterio personal de los Profesores Anscombe y Geach. No sólo hemos aprendido agradecidamente de sus muchos saberes, sino que también nos han regalado el ejemplo de un temple académico acogedor y afectuoso. Por ello, el reconocimiento de una preclara obra filosófica adquiere hoy la figura de un homenaje a la amistad.

### Discurso de la Dra. Elizabeth Anscombe

My Lord Grand Chancellor of the University of Navarra,  
Members of the Supreme Council of the University,  
My Lords, Professors, Ladies and Gentlemen:

First and foremost I wish to express to the Grand Chancellor of the University of Navarra, to its Supreme Council, to the Rector Magnificus and to the Faculty of Philosophy my hearty thanks for the honour conferred on me today.

The telephone call from the Vice Rector about the proposal to honour me with a doctorate *honoris causa* in Philosophy and Letters came to me as something more than I deserve, but none the less as deeply gratifying.

I have been in communication with the University of Navarra for several years now, having attended conferences and given a few lectures here. These visits have always been a great pleasure. The pains taken to give members of conferences a good time in respect of entertainments—especially musical ones—expeditions and even feasts, have exceeded what I have experienced in other universities and have given a great deal of pleasure to all participants whom I have met.

The Faculty of Philosophy is marked by distinguished work on the part of the Dean of Arts who is at the head of it, and of other members. I think especially of work in the theory of meaning and on the subject of causality especially final causality, and on truth. The faculty also shows a great breadth of mind as well as very high standards in its choice of foreign philosophers whom I have met on these occasions.

The University of Navarra is devoted to the service of God in its pursuit of truth. That God is truth is something not everywhere or even in many places now acknowledged, but the acknowledgment is here in the Faculty of Philosophy constantly implicit.

I am very grateful to be counted as a colleague of this Faculty.

**Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. Angel J. Martín Duque, Ordinario de la Facultad de Filosofía y Letras, en elogio del Prof. José M.ª Lacarra y de Miguel**

Excmo. y Revmo. Sr. Gran Canciller:

Es justo y aun obligado, creo, empezar agradeciendo el alto honor de representar a la Facultad de Filosofía y Letras para el elogio, ritual pero entrañable, del Excmo. Sr. D. José M.ª Lacarra y de Miguel, a quien Vucencia ha aceptado recibir como Doctor *honoris causa* de nuestra Universidad, a título póstumo. Ese sentimiento de gratitud incorpora, sobre todo, la emoción, inevitablemente nostálgica, del discípulo, modesto colaborador y deudo perenne de la sabiduría y la humanidad del prestigioso Catedrático e insigne Académico cuya memoria está muy viva en los ámbitos estudiosos de Navarra, de España y de otros muchos parajes.

Vástago de una estirpe estellesa de acreditados jurisperitos, aunque afincado en Zaragoza, siempre quiso lucir significativamente la vecindad foral de su comunidad de origen, a la que tanto amó y supo honrar. A ella refirió sus primeros afanes científicos y a ella dedicó en su madurez las cuantiosas investigaciones y colosales obras que lo consagraron como máximo historiador de este antiguo reino.

Desveló asimismo con suma autoridad el pasado de Aragón, su tierra adoptiva y hogar familiar durante casi medio siglo. Mas, como genuino hombre de ciencia, historiador sin fronteras, iluminó también ampliamente espacios capitales para el mejor conocimiento de las raíces medievales hispanas, informadas por los ideales de reconquista cristiana del país y las consiguientes tareas restauradoras; y en su clásico estudio sobre las peregrinaciones compostelanas no sólo analizó minuciosamente vestigios y escalas del Camino de Santiago, sino que captó además e interpretó con profundidad las múltiples implicaciones sociales de aquel poderoso y vibrante caudal de espiritualidad de la vieja Europa.

Formado sólidamente en el rescate y la crítica rigurosa de los testimonios necesarios para reconstruir el pasado, su concepción de la historia trascendió los moldes positivistas, cuyas técnicas había adquirido en un círculo de excepcionales maestros. Siguió al día las sucesivas novedades temáticas y metodológicas, para contrastarlas mesuradamente y sacar provecho de los verdaderos avances, evitando fetichismos teóricos circunstanciales, arbitrados al hilo de una percepción más o menos dislocada de la naturaleza del hombre.

Ante el individualismo alicorto y la incomunicación, propugnó y practicó sin desmayo el trabajo de equipo, el sensato y rentable aprovechamiento de unos medios siempre escasos, el intercambio generoso de experiencias y conocimientos, en suma, el quehacer inequívocamente científico y universitario.

Su anchura de horizontes intelectuales entendió las funciones de maestro en la fecunda dimensión de cultivo directo de la curiosidad, la imaginación, el razonamiento y la iniciativa personal del discípulo, con exquisita discreción, fino sentido del humor y, en especial, noble y magnánima comprensión. Aparte de una estela cultural indeleble, dejó una nutrida legión de colegas que nunca olvidarán sus certeras y prudentes orientaciones y, más que nada, su irrepetible talante humano.

Con llaneza y hasta cierto rubor conoció, afortunadamente en vida, grandes y merecidas distinciones y muestras calurosas de admiración, reconocimiento y cariño.

De modo callado y cordial contribuyó cuanto estuvo en su mano al primer crecimiento científico de nuestra Facultad e ilustró sus aulas con lecciones magistrales y sustanciosas reuniones de seminario. Jubilado en su cátedra de Zaragoza, fue Profesor Extraordinario de nuestro Claustro, pero apenas esbozado su plan de colaboraciones le salió al paso la larga y penosa dolencia que no hace todavía año y medio acabó con su existencia mortal. Su alma habrá hallado sin duda en lo Alto las claves de la verdad que siempre buscó con entusiasmo, competencia y honestidad.

Como sabio eminente, maestro apreciadísimo y hombre de paz y buena voluntad, el nuevo Doctor, eximio hijo de Navarra, ocupará una página señera en la historia de esta Universidad, algunos de cuyos profesores conservan de corazón el hálito de sus enseñanzas, su ejemplo y su amistad.

**Palabras pronunciadas por el Padrino Dr. Josep Faus,  
Ordinario del Instituto de Estudios Superiores de la  
Empresa (IESE), en elogio del Prof. John H. McArthur**

Excmo. y Revmo. Sr. Gran Canciller:

The ceremony of granting an Honorary Doctoral Degree always gives a great deal of pleasure to the members of the Academic Institution which grants it and, especially, to the person who has the honor of sponsoring the recipient. In my case, this pleasure stems from two sources: On the one hand it arises from my unshakeable conviction as to Prof. McArthur's fittingness to have this distinction bestowed on him; on the other hand, my pleasure comes from having been given the opportunity to take part in a ceremony in honour of a dear friend whom I greatly admire.

I wanted to make this observation at the very beginning because, in the words that I have to say in praise of Professor McArthur, I shall not be able to forget that I am addressing myself simultaneously to the brilliant academic, the efficient dean-manager and the very dear friend, who gave me valuable help when both of us were doctoral students at the Harvard Business School.

Thus I wish to emphasize not only the academic and professional career of Professor McArthur but also some traits in his personality, which I particularly appreciate, and which I believe that the governing bodies of our University will have taken into consideration in making the decision to grant him the honorary doctoral degree.

From a professional point of view, Professor McArthur's career is characterized by a perfect balance, which is the dream of almost all professors of Business Administration. I am referring to the balance between academic excellence and practical efficiency in management and problem solving.

His academic excellence has shown itself in his teaching record as a Professor of Corporate Finance in the Master and Doctoral Programs of the Harvard Business School, as well as in several executive programs. It has also been demonstrated in his research work, his prolific production of cases and other educational materials, both in North America and in Europe, and in the academic honors and distinctions conferred upon him. Among them, we can mention the Sylvan C. Coleman Chair of Financial Management in 1973 and the George Fisher Baker Chair of Business Administration in 1980, when he became Dean. He has also received the honorary degree of Doctor of Laws from Simon Fraser University, British Columbia (1982), Queens University, Ontario (1985) and from Middlebury College (1988).

From the second point of view, John McArthur's record as an efficient manager and administrator is also spectacular. Within the Harvard Business School, and since 1973, he has successively occupied the positions of Associate Dean of the MBA Program, Associate Dean for University Affairs, Associate Dean of the Faculty and, finally, Dean, a position to which he was appointed in January 1980 and which he is still holding at present. His well-earned prestige as an efficient and untiring administrator has taken him to numerous corporate directorships, committee memberships and consulting posts over the years. He was a Trustee in Bankruptcy of Penn Central Transportation Corporation and a founding board member of the Canada Development Investment Corporation. He is currently serving as Chairman, to the Board of Trustees of Brigham & Women's Hospital. He is currently a Director of the Chase Manhattan Corporation, Data General Corporation, Rohm and Haas Company, and Teradyne, Inc.

Via these facts, I have tried to draw the picture of a man committed to solving the problems of his epoch; a man who has, through his own professional contribution, made a contribution to society. But, as I mentioned before, I would like to come back to some of the traits of John McArthur's human personality which have impressed me in a particular way.

We human beings tend to have a special devotion in our memory for the traits or acts of other people who have taught us something which has helped us to improve. It is clear to me that, through my personal contacts with John McArthur, I have learned something. Obviously, I am not referring now to the subject of Finance, which is our common field of specialization, and where, in many ways, he has also been my

teacher. It is difficult for me to pin down whether I learned this something from him in our student times, or later in the academic year 1972-73 when the two of us taught different subjects to the same group of students in the Harvard MBA. Alternatively, it may have come about as a result of the contact we have had arising from the formal relationships between the Business Schools of our two Universities. Probably a little bit of each one of them. I have learned from John, but I am going to try.

John McArthur is a person who has always respected the *work* of other people. I emphasize the word *work*, whilst at the same time stating that I am not referring to pieces of work which are either important, or academically brilliant, or which the media seizes upon. I am simply referring to work as a set of values. In other words, John McArthur has always highly respected people who work, regardless of their social status, holding them in higher priority than people who merely have a privileged position. He may do it in an instinctive way, without even realizing it, and, for this reason, he may be surprised that now, in my words of praise for him, I identify this as one of the traits of his personality which has impressed me and from which I have learned something.

This attitude of Professor McArthur has always been present in the relationships between IESE and the Harvard Business School. We have always had support from him for projects which involve serious work and high objectives.

John, let me end by talking directly to the friend, though it may mean stepping away a little bit from the formalities of this ceremony. This way of thinking and acting of yours coincides with very important aspects of the spirit and philosophy of the University of Navarra. We take pride in preaching the values of personal freedom, respect for others, hard work and, in general, anything that means human values as opposed to privileges. We also try to reflect these ideas in all our academic work. In many respects, you are a living example of the virtues in which we believe. For this reason, you need have no doubts that the pleasure that all of us share in this act, which we celebrate in your honor, is motivated not only by what you have done, but also by the way you are. Many thanks for the many occasions in which you have helped us, and congratulations on the new honor which you now receive.

**Discurso del Dr. John H. McArthur**

Excelentísimo Señor Gran Canciller,  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,  
Claustro Académico,  
Señoras y Señores:

Thank you, Dr. Faus, for your more than generous introduction. And thanks to all of you, and especially the Chancellor, Monsignor del Portillo, and my friend, Dean Cavallé, for the rare honor that you are extending today to me and my colleagues at Harvard University. It is with very great pleasure and respect that I bring you warm greetings from your many colleagues and friends in Boston.

My wife and I grew up as youngsters on the shores of what are known today as the Spanish Banks, in Vancouver, Canada. The very first exploration by a European of this abundant and beautiful seashore that we so love came in 1774, on a voyage of exploration led by an intrepid Spanish captain, Juan Pérez. Little did we suspect, as children playing and working along the waters of Spanish Banks, that good fortune would place us here today in Pamplona. Truth be told, we *might* have dreamed as we encountered Hemingway and the *fiesta* of San Fermín in long-ago college days —of one day visiting this enchanted city. And so today, we indeed count ourselves fortunate.

As I look back on the career and life that Professor Faus has just described... My own... it seems that perhaps, and regretfully, I have not always embodied those high ideals he has described. Clearly though, he has set forth a very high standard and vision for all my future endeavors, and for that, again, I thank all of you. I will never forget this recommitment of mine at the University of Navarra.

Given this much appreciated opportunity, I wanted to talk very briefly this morning about the topics of high and uncompromising ideals, traditions, and standards of behavior and performance.



A quarter-century ago, in 1963, a most distinguished member of our Harvard Business School Faculty, Professor Franklin E. Folts, was asked by your Secretary General to visit IESE for a month, and to assess your efforts and vision in the field of management education. Professor Folts was a kind and gentle man, but also an expert in industrial management, and a man of uncompromising and outspoken high standards. I remember him well from my own oral examinations at Harvard during that same year. You could not have invited a more rigorous critic.

«These people have a high respect for quality in educational work», Professor Folts wrote in his report to the dean of our school when he returned to America. «They have attained an admirable level in their programs. For this, they are respected by the Spanish business community. There is much reason to expect this emphasis on excellence in all they do to continue», he added.

Since that time, of course, IESE... beginning with the leadership of Dean Valero, and continuing today with Dean Cavallé... has surpassed even Professor Folts' high expectations. You have acquired and vastly enhanced your beautiful campus in Barcelona. You soon will have comparably outstanding facilities in Madrid. You have established imaginative new executive and bilingual MBA programs. You have made critical, demanding, and expensive investments in faculty development and research and teaching excellence. As we all know, it is *these* long-term investments alone that can lead to even higher standards, and even more productive and creative intellectual work. And finally, you have committed yourselves to an ideal of preparing outstanding young men and women to imagine and to build a more just society throughout the world. It is perhaps this last commitment of yours, above all, that has engaged the interest and support of so many of my colleagues at Harvard over the years.

Perhaps we at Harvard can be forgiven for taking some small measure of pride in your accomplishments, certainly, we do! As you know, the enduring relationship between our two Schools goes back to your founding in 1958. It was then that Dean Valero and his colleagues concluded that Harvard's approach to the teaching of business administration was one that might well adapt itself to the character and needs of the Spanish business community and culture, and to the anticipated mission of IESE. Members of our faculty, including Professors Folts, Hower, and Hansen, offered their services, and a fruitful and important collaboration was born. Let me emphasize today

how much we have learned through this collaboration with you and your fine people. I am honored to be here, speaking to you, as we embark on the fourth decade of this special relationship.

And perhaps, given Harvard's special friendship with and perspective on IESE I can be permitted to make an observation on your history. It is the same observation that I make about my own institution. It seems clear to me, at least, that it is precisely your high ideals and standards that have made possible your accomplishments, and led to your particular influence both here in Spain and in so much of the rest of our shared, global community.

Whether or not you realize it, IESE has grown to become a leadership institution in the world of management education. Yours is one of only a few leadership centers of research, thinking, and teaching about the practice of management in the world. It is quite evident from all that we know about IESE and its faculty, that you welcome your ever growing responsibilities in the domain of management education.

But let me also say that in this regard there is much that remains to be done. On the one hand, I think it is beyond dispute that much of the substance of management education has fallen far behind the needs of the evolving world we serve. Even as the problems confronting our leadership communities explode in number and complexity, the fundamental educational visions behind much of our work remains rooted in the past.

This is a particularly pressing concern in Europe, where, in my judgement, far too little has been invested in original thinking and work concerning the needs of managers and others in leadership roles. Frankly, too much of the content of European management education has been imported from America. This must change!

On an even more fundamental level, too much of what all of us are doing, in America and in Europe, is driven by the agendas, fashions, and stages of development of our several academic fields and disciplines. This is, truly, putting the cart before the horse. More than any other educational institutions, schools of management must focus on what is actually going on around us. We must anticipate and meet the emerging needs of those we serve. I say this to you today because I believe that IESE is one of those few centers in the entire world possessing the self-confidence, the independence of spirit, and the faculty and

leadership resources needed to reshape what all of us are doing with our students.

Let me return to my stated theme: ideals, at IESE, more than at most Business Schools, there is a passion for certain fundamental values, these include intellectual honesty, respect for the human spirit, integrity in relations with others, self-discipline, loyalty, honor, the capacity to love and make commitments, and the willingness to help and lead people. So much of your effort here has embodied the notion of «decency» not only in business, but in *all* of one's relationships and activities. There is, across your great University, a conviction that those destined for leadership roles must have a broad awareness of history, culture, and aesthetics. Together, of course, these are the attributes and values that must guide our socially and morally conscious leaders... Leaders who can, with wisdom and efficiency, promote cooperative endeavor and build humane organizations.

Let us admit that this is a period of history when a great many decent and thoughtful people around the world express the most profound reservations about the leaders of our institutions. Our graduates are going to be effective in their professional lives only to the extent that these fundamental attributes and values are woven into the fabric of their everyday lives and being. For some, this apparently is not an easy test. In my experience, though, those who cannot meet this standard over the long haul of life are deprived of the rewards and satisfaction of leadership. About this, one can be certain. Absolutely certain!

If this be so, can it truly be said of IESE, or of Harvard Business School, or indeed of *any* center of business education, that the answers have been found, that the proper balance has been struck? I think not. Not by a wide margin. And yet, I believe that IESE stands out already in its efforts to strike this elusive balance. Today, I urge you to build further upon your already great achievements, you possess a powerful toll: those high ideals first articulated for you by Msgr. Escrivá de Balaguer, and since reinforced by countless others of you within both this University and IESE. This fundamental dimension of business education, this particular sensitivity, must be shared in Spain, Europe and the rest of the world. This can be your special mission. So, my dear friend and colleague Joe Faus, I respectfully submit this challenge in return, to you and your associates at IESE.

**Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. José María Bastero, Director de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales, en elogio del Prof. Christopher M. Sellars**

Excmo. y Revmo. Sr. Gran Canciller:

Es la primera vez que el Consejo de la Escuela de Ingenieros Industriales de San Sebastián, que cuenta ya con veintisiete años de existencia, propone a una personalidad del mundo de la ingeniería como candidato al más alto galardón académico que otorga la Universidad: el Doctorado *honoris causa*.

Y me cabe el honor de afirmar que para ello ha puesto sus ojos en un eminente ingeniero, el Prof. Christopher Michael Sellars, que desde hace años imparte la docencia en su más alto rango en el Departamento de Ciencia de los Materiales de la Universidad de Sheffield.

El Profesor Sellars es ante todo un ingeniero que ha demostrado que el ingenio, que parece requerir el apelativo de ingeniero, es el fruto lógico de una dedicación estudiosa, constante y entusiasta al trabajo técnico. Ha sabido conjugar armónicamente la practicidad —esto es, la respuesta concreta y útil a los problemas técnicos planteados— con los aspectos científicos subyacentes; y recíprocamente al abordar los avanzados programas de investigación metalúrgica en que está interesado, jamás pierde de vista las repercusiones prácticas que se abren para las empresas de producción y de elaboración de productos metálicos.

Cuenta en su haber con valiosas patentes industriales, y su currículum científico se ve enriquecido con más de ciento cincuenta artículos en las revistas internacionales de mayor excelencia en el campo de los materiales y de la metalurgia. Ha sido el pionero en establecer las bases científicas del conformado en caliente de materiales metálicos. Es una reconocida autoridad en el campo de la fluencia lenta, y en la interac-

ción de la precipitación de segundas fases y la deformación. También son muy relevantes sus aportaciones a las teorías de la deformación plástica.

Ha impartido cursos, seminarios y conferencias en las universidades y en los centros de investigación más importantes del mundo y es actualmente consultor externo de empresas líderes del sector metalúrgico.

Desde hace catorce años colabora regularmente con la Escuela de Ingenieros Industriales de San Sebastián, como profesor invitado al Master de Metalurgia Física y Mecánica y al Programa Doctoral de Ingeniería Metalúrgica. Ha sido un gran impulsor de contratos de investigación mixtos, suscritos entre el Departamento de Materiales de la Universidad de Sheffield y el nuestro en el marco de los programas europeos. Pienso que esta asidua colaboración —a la que me vengo refiriendo— es uno de los datos que explican la relevancia que ha adquirido nuestro Departamento de Materiales durante estos últimos años.

El Profesor Sellars honrará al Claustro de la Universidad de Navarra, si el Gran Canciller se digna agregarlo a la Escuela de Ingenieros Industriales para que —ahora con mayor razón— nos siga brindando su amistad, su ejemplo de trabajador incansable, y su buen hacer científico.

### Discurso del Dr. Christopher M. Sellars

Excelentísimo Señor Gran Canciller,  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,  
Claustro Académico,  
Señoras y Señores:

I am most appreciative of the honour you have bestowed on me by conferring the degree of Doctor of Engineering, *honoris causa*. It has been my privilege over the years to be associated with your Engineering School and to witness the developments that have taken place and continue to take place in teaching and research. I am profoundly moved by the fact that this enjoyable and enlightening experience has culminated in today's ceremony.

I offer an apology to you that I am unable to respond to the honour in Spanish. After my frequent visits to San Sebastian it may seem unpardonable that I am only able to communicate verbally the bare essentials for travel, shopping and eating in restaurants, although I must admit to sufficient comprehension of the written word to enable me to mark students' work without too much difficulty. The only excuse I can offer for my deficiency is that my associates in the Department in San Sebastian have always spoken such excellent English that full communication on technical, cultural and social matters has been too easy in my own language.

The subject of Materials Science and Engineering has for many years received greater acceptance as an academic discipline in the United Kingdom than elsewhere in Europe. Nevertheless, it was still apparent twenty years ago that certain academic colleagues, particularly in Arts Departments, failed to appreciate that there could be true scholarship among those of us who seemed more closely allied to blacksmith than to philosophers. It is true to say that there was still a great deal of empiricism in the subject at that time, and a lack of real understanding of some of the fundamentals. However, the intervening period has seen

a burgeoning of research on both fundamental and applied topics in materials. This has been aided by the development of ever more sophisticated techniques of investigation, which enable one to examine the microstructures of materials at magnifications that can resolve individual atoms, if necessary, or can analyse the composition of monolayers of contaminants at internal crystal boundaries. There is now a firm foundation of Materials Science on which quantitative understanding of the important phenonema governing the properties and behaviour of materials is based.

In parallel with these developments the great advances and availability of computer technology have removed many of the limitations that were imposed by mathematical complexities when trying to apply the scientific knowledge to real industrial problems. This has brought about improved understanding and control of industrial processing to optimise the properties of materials. Thus Materials Engineering has matured hand in hand with Materials Science, until today I believe that the twin disciplines stand equal to any other in terms of academic scholarship and intellectual challenges.

They have the added merit that developments in materials, predicated on the improved understanding, can be seen all around us as tangible and vital contributions to our advanced technologies. The last twenty years have thus been exciting ones for the subject of Materials and for the other Engineering disciplines. The developments have been reflected by the growth in size and facilities of the School of Engineering and in the international stature of its research over this period. During this time the Masters Degree Course in Physical and Mechanical Metallurgy, which was an innovative concept at the time it was introduced in 1980, has attracted many high calibre students from Spain and from overseas, in particular from Latin America. It has been a great source of satisfaction to me to be associated with these developments and to receive continued academic stimulation from the enthusiasm and breadth of interest of the students and staff. Collaborative efforts that have been established between Sheffield and San Sebastian will, I hope, continue and expand in the future.

In accepting the honour done me today, I do so with the certain knowledge that it reflects as much the achievements of the many talented students I have supervised at Sheffield, and the success that the staff in San Sebastian have brought to the School of Engineering. I therefore thank the University both for myself and on their behalf.

**Palabras de la Madrina, Dra. Pilar Fernández Otero,  
Decana de la Facultad de Farmacia, en elogio del Prof.  
Angel Santos Ruiz**

Excmo. y Revmo. Sr. Gran Canciller:

Soy consciente de que otros con mayor experiencia, más méritos y más directa relación profesional con el Profesor Angel Santos Ruiz hubieran podido pronunciar más elocuentes palabras de elogio, pero ha sido la voluntad de todos encomendar a la Decana esta honrosa función, que asumo con satisfacción y agradecimiento.

Desde 1938, viene desarrollando el Prof. Santos Ruiz una amplia y constante labor docente e investigadora en el terreno de la Bioquímica. Como maestro y pionero en este campo, ha formado a gran número de doctores, muchos de los cuales han seguido el camino de la docencia y son catedráticos en diversas universidades. Su labor investigadora abarca desde estudios metabólicos con oligoelementos, hasta aportaciones experimentales de importancia en el conocimiento de los efectos producidos por diferentes factores sobre las hepatopatías.

Desde su cátedra en la Universidad de Madrid, a la que accedió hace 48 años, así como desde otros incontables foros —congresos internacionales y nacionales, conferencias, artículos de divulgación, entrevistas y trabajos publicados en revistas profesionales y también de cultura general— ha contribuido a que se haga patente la conexión entre fe y ciencia; una preocupación nacida de sus convicciones, que se manifiesta en un libro conocido en círculos muy amplios, entre intelectuales y personas de cultura media, el titulado *Vida y espíritu ante la Ciencia de hoy*, que se publicó en 1970.

En estos últimos años ha penetrado y ha dado a conocer —especialmente a través de sus colaboraciones en la *Revista de Previsión Sanita-*

ria Nacional— los problemas éticos y sociológicos que se derivan de los más recientes avances de la Genética.

La labor del Profesor Santos Ruiz le ha hecho merecedor de numerosas distinciones, entre las que mencionaré solamente el Doctorado *honoris causa* por la Universidad René Descartes de la Academia de París (Sorbona); la Gran Cruz pensionada de Alfonso el Sabio en su sección especial al Mérito Docente; las Medallas de la Kansas University y de la *Société de Chimie Biologique* de Francia, así como la de la Academia de Farmacia de París. Es Académico de Número de la Real Academia de Farmacia, de Madrid, de la que es Director desde 1976, y Miembro del Instituto de España.

Su intenso trabajo de investigación y docencia, que le ha ganado este prestigio mundialmente reconocido, y su afecto a nuestra Universidad, mostrado en muy diversas ocasiones —y no sólo a través del desempeño de sus cargos de representante del Ministerio de Educación y Ciencia en la Universidad de Navarra y de Vocal del Consejo de Patronos para los Centros de estudios civiles desde 1968—, le hacen ampliamente merecedor del nombramiento como Doctor *honoris causa*. La incorporación del Profesor Angel Santos Ruiz enriquecerá, sin duda, el Claustro de la Facultad de Farmacia.

### Discurso del Dr. Angel Santos Ruiz

Excelentísimo Señor Gran Canciller,  
Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,  
Dignísimas Autoridades,  
Distinguidos Claustrales,  
Queridos compañeros y amigos,  
Señoras y Señores:

Constituye un ilusionado deber intervenir en este solemne acto académico, puesto que es parte esencial de mi *munus docendi*. Tendrá como característica la precisión de lo escrito que ayuda a ser ajustadamente comedido; además, las cuartillas son bajel que permite sortear la ola emocional con mejor soltura. No obstante, el verme en situación preeminente, en relevante y preclara compañía doctoral, y con tan selecto auditorio, declaro que me preocupa, lo que dificulta el disertar con galanura.

Es seguro que no he pasado una prueba de fuego al ser juzgada la autenticidad de mis virtudes. Una autocrítica elemental impide que coincida con los argumentos laudatorios de mi elocuente y gentil presentadora, que ha hecho realidad las frases de Paul Auguez: «*avoir des prôneurs*».

Considero plausible que en el examen de mis discutibles merecimientos se haya tenido en cuenta la voluntad de acción, el quehacer que hay que desarrollar, como primera exigencia, para una seria formación integral propia y ajena. No se aprende —y enseña— sin laboriosidad; los atajos no son fiables andaduras. Sabido es que el esfuerzo se obvia con sofismas, pero al precio de la degradación de la personalidad.

Por otra parte, cabe que otra de las causas de esta honrosísima designación de hoy, resida en mi carácter representativo del Ministerio de Educación y Ciencia, durante largos años, en esta ejemplar Univer-

sidad de Navarra. Sin embargo, también pudieran darse argumentos de mayor peso, que sospecho serían los basados en razones cordiales, las cuales, a veces, son más resolutivas que los áridos legajos sujetos a interpretación aleatoria. La resultante es que soy afortunado protagonista de la imposición del grado honorífico de Doctor en este atractivo Paraninfo, mudo testigo de importantes sesiones. Ocurre en ocasiones, como ahora, que un grato acontecer sucede frente a toda previsión razonable. Y al no saber el revés de cada hora me hace evocar a Juan Ramón Jiménez: «¡Cuántas veces la aurora estaba detrás de un monte!...»

Desde principios de esta nuestra centuria, Navarra se había convertido en foco nacional de espiritualidad, con un paralelo renacimiento cultural, propenso a empresas magnas. La consecuente creación de esta Universidad se debió a la iniciativa de Mons. Escrivá de Balaguer, figura impar a quien tuve el privilegio de tratar, y al que me une un perenne y entrañable recuerdo diario. Fue el primer Gran Canciller, y en la puesta en marcha de las difíciles tareas fundacionales colaboraron con él personas de resonancia científica, superior calidad e internacional eco. No eran —ni son— inconsultas promesas, sino estimadas realidades; y al hablar así estoy lejos de dar satisfacción de agazapadas vanidades o de supervalorar dotes personales.

Ciertamente, el grupo inicial empezó y continuó con excelencia, pero los buenos hábitos operativos se enriquecieron con constantes nuevos aportes, indiferentes a la fatiga y al tiempo utilizado. Para lograr reciedumbre es imprescindible un esfuerzo perseverante. Ulises tuvo que amarrarse al palo de su navío, previsión que le sirvió para arribar a buen puerto. Los universitarios forjadores, y continuadores, de la aludida y excepcional empresa universitaria supieron atarse al mástil de su vocación para resistir la embrujadora atracción de lo materialista. En cada momento han obrado con el espíritu del discóbolo que no tiene otro afán que el de arrojar su disco lo más distante posible, y acercarse así al *homo humanus* de Cicerón y al *èso ánthropos* de San Pablo. Entre los componentes de tan singular empeño siempre ha existido *concordia discors*, esto es, diferencias específicas enmarcadas en genéricas coincidencias. Han hecho ya historia, acorde con la definición de Thomas Carlyle: «*the essence of innumerable biographies*». A esta peculiar institución universitaria, con reflejo mundial, moderno presente y brillante futuro, es aplicable aquello de las serranillas del Marqués de Santillana: «pues merece fama de grandes loores»... Sin duda, que circunstancias varias y adecuada atmósfera han contribuido, en coherente secuela, a sentar las bases para forjar del primitivo Estudio General la actual *Universitas Studiorum Navarrensis*, cuyo genuino acervo en los extensos

campos de múltiples saberes, se ha desarrollado con presteza, auténtica solidez y modélica eficacia.

La adquisición de un título tan preciado, como el de Doctor *honoris causa* por la Universidad de Navarra, objetivamente no es ponderable como la evaluación justa de algo material. De ahí que la moneda de pago no puede ser otra que lo representado por mis antecedentes, y actualidades, de estima y colaboración con tan destacada entidad universitaria, y, por descontado, la más sincera y profunda gratitud. Por tanto, no es extraño, ni superfluo, que afloren a mis labios, en esta feliz hora, las frases de Johann Wolfgang von Goethe: «*Sterne leuchten mir wie Sonnen*».

Y termino ya, para no caer en la *hybris helénica*, en el pecado de desmesura. Pero, aunque como habitual norma procuro eludir la cargante insistencia, debo aún acentuar que los que transitamos por el camino de la vida en su última vuelta —o estamos ya en la recta final— somos muy sensibles a que un espacio de nuestra ajetreteada existencia tenga belleza, cuando ésta es resplandor de la verdad, de la certeza de vuestro cumplido desprendimiento y óptimo obrar. Tan buen hacer, que actualizan, figuradamente, estrofas de San Juan de la Cruz:

«Ya bien puedes mirarme  
después que me miraste,  
que gracia y hermosura en mi dexaste»...

He dicho.

**Palabras del Padrino, Dr. José Luis Illanes, Decano de la Facultad de Teología, en elogio del Cardenal Roger Etchegaray.**

Excmo. y Revmo. Sr. Gran Canciller:

Con particular satisfacción me hago eco de la petición que en su día elevó el Consejo de la Facultad de Teología, para el nombramiento de Su Eminencia el Cardenal Roger Etchegaray como Doctor *honoris causa* de la Universidad de Navarra.

El Cardenal Etchegaray nació cerca de Navarra, en la población de Espelette, en el corazón del país vasco-francés. Ordenado sacerdote en 1947, obtuvo en Roma la Licenciatura en Teología y el Doctorado en Derecho Canónico. Muy pronto sus cualidades humanas y su empeño pastoral se hicieron notar y provocaron que se le encomendaran tareas de especial responsabilidad. En 1960, siendo todavía presbítero, fue designado secretario general adjunto del Episcopado francés, pasando después, en 1966, a ser secretario general. Participó como experto en el Concilio Vaticano II. En 1968 recibió la ordenación episcopal, siendo designado obispo auxiliar de París. Dos años después fue promovido a arzobispo de una de las diócesis más importantes y de más rancio abolengo de Francia: la de Marsella. En ambas diócesis desarrolló una amplia labor sacerdotal; parte de su predicación ha quedado recogida en varios libros en los que el Evangelio es mostrado con todo su color y riqueza.

Contribuyó de manera decisiva a la creación del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, y en 1971, al constituirse ese consejo, fue elegido como su primer Presidente, siendo reelegido hasta 1979. Mientras tanto, en 1975, fue elegido Presidente de la Conferencia Episcopal de Francia, función que desempeñó hasta 1981. Esos cargos, la participación en las reuniones que de ellos derivaban, la realización de visitas pastorales, la participación en diversas asambleas del Sínodo

de los Obispos le han dotado de un amplio y personal conocimiento de las riquezas, problemas y necesidades de la Iglesia universal.

Creado cardenal el 30 de junio de 1979, cinco años después, en 1984, fue llamado a Roma por su Santidad Juan Pablo II para presidir el Consejo Pontificio *Iustitia et Pax* y el Consejo *Cor Unum*, dos de los organismos a través de los cuales el Santo Padre manifiesta y promueve la honda compenetración de la Iglesia con los afanes de la gran familia de los hombres y a las cuales el Cardenal Etcheagaray ha aportado un particular dinamismo. Su colaboración en las tareas de la Curia romana se ha extendido además a otros campos: es en efecto, también, miembro de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, de la Congregación de Seminarios e Institutos de Estudios y del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica.

Hace apenas un año, en febrero de 1988, le correspondió a Su Eminencia el Cardenal Etcheagaray presentar al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, publicada unas semanas antes. En su alocución recordaba que, al ocuparse de los múltiples y complejos problemas del desarrollo, Juan Pablo II escribía como pastor «que ha escuchado mucho y que ha visto personalmente mucho», por eso —concluía— «nos remite sobre todo a ese lugar donde se juega a fin de cuentas la historia humana: el corazón». Es en efecto en el corazón donde se funden sentimientos e ideas y donde, en consecuencia, se fraguan decisiones operativas, aptas, si están orientadas según verdad, para contribuir a que la historia discurra por caminos de verdadero progreso.

Hace ya años, en una homilía pronunciada en 1960, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer recordaba que el cristiano no es, en este mundo, «un apátrida», sino «un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal», y con la mente y el corazón iluminados por una fe que el impulsa «a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana» (*Es Cristo que pasa*, n. 99). Al proponer a Vucencia el nombramiento como Doctor *honoris causa* de Su Eminencia el Cardenal Roger Etcheagaray, la Facultad de Teología siente la alegría de testificar, junto al aprecio por la persona y la obra de Su Eminencia, su adhesión al Magisterio del Romano Pontífice y en particular a esa doctrina social de la Iglesia, en cuya promoción al Cardenal Etcheagaray le ha correspondido y le continuará correspondiendo una responsabilidad de primordial importancia.

### Discurso del Cardenal Dr. Roger Etcheagaray

Excelentísimo Señor Gran Canciller,  
Señor Rector Magnífico,  
y, si se me permite incluir a todos vosotros en un saludo evangélico,  
Hermanos y Hermanas:

Recibir el título de Doctor *honoris causa* por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra es sin duda un honor que acepto con candidez de espíritu, pero es al mismo tiempo un gozo que nace de la simplicidad de mi corazón. Quiero expresarle mi más viva gratitud, Monseñor Alvaro del Portillo. No he olvidado que nos hemos conocido, por así decir, a la sombra de las labores conciliares del Vaticano II.

Esta *Alma Mater*, a la cual en adelante pertenezco, es el fruto del fervor religioso y espiritual del Siervo de Dios Escrivá de Balaguer. Este instrumento de Dios (como él mismo se atrevía a decir) ha fundado su obra humana calcándola sobre la creación divina, al punto de darle el nombre de Opus Dei. Su visión del hombre y del mundo se ajustaba plenamente a la de Dios mismo; su audacia procedía de la fuerza unificante del plan de la creación. La aventura de la santidad a todos abierta, no es más que la búsqueda de la sublime armonía que Dios ha establecido en cada hombre. La lógica humana se asocia a la lógica divina para glorificarla con las palabras mismas del *Magnificat*.

En esa perspectiva idéntica ha fundado la Universidad de Navarra. Hoy todavía más que ayer, el papel de una Universidad católica me parece necesario. La urgencia de revestir el hombre de una túnica inconsútil, no de una capa de arlequín, se torna vehemente, irresistible. En un mundo dividido en compartimentos estancos, donde la misma verdad se dispersa en fragmentos, es ante todo necesaria una «Universidad», en el sentido etimológico de la palabra, a fin de que esos frag-



mentos sean reunidos en una cierta unidad, sin por eso aspirar a una síntesis que se revelaría bien pronto provisoria, si no ilusoria.

Las verdaderas preguntas del hombre no son, sin embargo, técnicas; son éticas. Manifiestan una desesperada urgencia de «sentido», fuera del cual toda ciencia es instrumento y no destino. De aquí la justificación de una Universidad católica, cuya ambición es iluminar a la luz de la fe, respetándolas, las diversas disciplinas universitarias. Una Universidad católica no tiene ninguna pretensión de monopolio del humanismo, pero está segura, sí, de ofrecer el humanismo más humano, aquel que integra el hombre entero. Y es gracias a la función de la teología, a manera de un corazón que irradia todo el cuerpo, que una Universidad puede ser verdaderamente católica. El hombre es un ser con «sentido», y la teología se ubica en la misma raíz del sentido. Por eso, la confrontación obstinada de la teología con las otras ciencias no puede sino provocar una fecundación mutua. Ella no procura más, como en la Edad Media, ser la reina de las ciencias: cada ciencia es reina en su propio campo. Pero hay, en cambio, como un rey de todos los saberes: el hombre mismo. Y la teología se pone siempre de parte de este hombre integrador, llevando a su conciencia más clara la presencia de un misterio donde su realización plena se revela posible.

El título que me es hoy conferido me autoriza a animar a la Facultad de Teología a encarar cada vez más las exigencias éticas tan complejas planteadas por las disciplinas científicas de esta joven Universidad. La exigencia ética es la manifestación de un llamado que mana de lo más profundo del alma humana y que la Iglesia no puede eludir. Asimismo, los problemas que se refieren a la justicia, a la paz, a la caridad, a la solidaridad, no encontrarán una respuesta auténtica y duradera sino en la medida en que la Iglesia les hará reconocer su patria en el corazón mismo de la teología más teologal, como acaba de recordarlo la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*. Cuando Juan Pablo II coge el hombre en su totalidad, en su unidad viva y espiritual, las muchedumbres no se engañan. Y se comprende que incluso los no-cristianos queden impresionados ante un Papa que, según decía uno de ellos, «está seguro de sí mismo porque está seguro de Aquel de quien recibe su fortaleza».

Al concluir, me perdonaréis si evoco la tierra navarra que me acoge. Siento que la llevo en la planta de mis pies, y que, más aún, toda la savia que de ella brota me sube a la cabeza. Confieso que es también por ella que he aceptado estar hoy aquí entre vosotros. Descendiendo

por el puerto de Velate, en menos de una hora me encontraría en mi hogar natal, en Espelette, luego de pasar junto a Azpilcueta, patria de la madre de San Francisco Javier, una de cuyas hermanas se casó y vivía en mi pueblo. ¡Cuántas veces mi plegaria se alzaba con orgullo hacia San Ignacio de Loyola, herido y convertido en el sitio de Pamplona! Niño, hablaba yo con Dios y con mis padres en la *lingua navarrorum*, y a mis oídos llegaban los cantos de la fiesta de San Fermín.

Me detengo, porque sobre esta pendiente natural podría dejarme deslizar sin fin... A todos vosotros mi gratitud más cálida por el honor y la alegría que se me brindan, al recibirme como un hermano entre hermanos, más todavía que como un Doctor. Sí. Muchas gracias.

Disposición del Sr. Doctor  
Ilustre Claustro de esta Universidad  
Señoría y Señoría

La Universidad de Navarra, proyectada con la gran aspiración de servir al desarrollo humano y a la cultura y a la vida con el espíritu divino y con la ayuda de todos y algunos de nosotros de modo el más adecuado, se ve hoy en día en una situación crítica, para utilizar una de las palabras usadas más en el mundo de la vida académica, en el Claustro de Doctores a consecuencia de los hechos y circunstancias actuales de este mundo, y que el espíritu de la Universidad al ser acogido por esta Alta Dirección, se encuentra en la actualidad con un problema. Procediendo de una gran preocupación por el futuro de esta Universidad, la distribución de los recursos de esta institución humana. Si bien es evidente que en el momento actual de nuestra responsabilidad en la Universidad, es necesario que una línea a seguir sea la de la gran preocupación por el futuro de esta Universidad, que debe ser la de la humanidad, y que el verdadero espíritu que debe regirnos.

Permitámonos que evocemos, en primer lugar, la figura del hombre cabal y gran investigador que lo fue don Juan María Lacort, muy querido por nosotros a través de todos sus libros y amigos, y más aún por la enseñanza en la fe, que estuvo en el fondo de la gran obra de don Juan. Mucho en la historia y cultura de España, y durante muchos años en la Universidad de Zaragoza, que en su labor científica y en la del investigador, que nos ha dejado el legado de los hechos, con la capacidad de

**Discurso del Gran Canciller  
Mons. Alvaro del Portillo**

Eminentísimo Señor Cardenal,  
Excelentísimos Señores,  
Dignísimas autoridades,  
Ilustre Claustro de esta Universidad,  
Señoras y Señores:

La Universidad de Navarra, proyectada con la gran aspiración de servir desinteresadamente al hombre, y llevada a cabo con el amparo divino y con la ayuda de millares y millares de personas de todo el mundo, se reúne hoy, en esta ceremonia solemne, para celebrar uno de los acontecimientos más significativos de la vida académica: recibir en su Claustro de Doctores a personalidades que se han hecho justamente acreedoras de ese honor, y que, al aceptar su incorporación al cuerpo académico de esta *Alma Mater*, la honran y la enriquecen con su presencia. Procedentes de varios países, y dedicados a tareas muy diversas, los nuevos Doctores confirman, por títulos distintos, la profunda verdad enseñada y vivida por el Fundador y primer Gran Canciller de esta Universidad: la dimensión trascendente de todas las nobles realidades humanas. Somos conscientes, cada uno de los que aquí trabajamos, de nuestra responsabilidad en la configuración de la historia que nos lleva a procurar alcanzar la mejor competencia profesional, con la que deseamos ayudar a la humanidad entera a construir el verdadero camino que debe recorrer.

Permitidme que evoque, en primer lugar, la figura del hombre cabal y gran investigador que fue don José María Lacarra, muy presente entre nosotros a través de tantos discípulos y amigos, y más aún por la comunión en la fe, que supera los límites de la ausencia física. Nacido en la histórica ciudad de Estella, y afincado durante muchos años en la Universidad de Zaragoza, supo unir en su labor científica el tesón del investigador, que rastrea el detalle de los hechos, con la capacidad de

síntesis, que sabe poner de relieve las líneas maestras que rigen el entramado de la historia. Al nombrarle, a título póstumo, Doctor *honoris causa*, la Universidad de Navarra quiere honrar, en su figura egregia y amable, a cuantos cultivan la ciencia histórica y a cuantos, en esta gran tierra navarra, han dedicado su vida a la investigación, a la docencia y al esfuerzo por orientar de modo plenamente humano problemas y acontecimientos.

También el Profesor Angel Santos Ruiz ha dedicado su vida, desde muy joven, a indagar las profundidades de la existencia humana: no en los avatares de la historia, sino en el análisis de la naturaleza, a través de las ciencias bioquímicas, durante muchos años de constante trabajo en la Universidad Complutense y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Desde el laboratorio y desde la cátedra, ha desentrañado las leyes de la realidad creada, ha ofrecido a los hombres los resultados de sus descubrimientos, y ha sabido formar numerosos discípulos que transmitieran a otros, junto con su saber, un acusado sentido humano y cristiano de la vida y de la ciencia.

Al nombre de don Angel Santos Ruiz, me complace unir el del Profesor Christopher Sellars, copartícipe con él, desde el ámbito de la metalurgia, en los ideales de la investigación científico-experimental. Su trabajo en la Universidad de Sheffield, y su colaboración con muchas otras instituciones, le han permitido aportar a la comunidad científica un conocimiento más preciso y riguroso de las propiedades de diversos metales, y de sus posibilidades de servir al progreso de la ingeniería.

Pero las ciencias y las técnicas, aunque dilaten nuestro saber y nuestra capacidad de dominio sobre la naturaleza creada, no podrían desplegar todas sus posibilidades sin la colaboración de los hombres de acción y, muy particularmente, de los hombres de empresa, con su aptitud para suscitar proyectos, unificar voluntades, coordinar tareas. Por eso, la dilatada labor del Profesor John H. McArthur, en la Harvard Business School, y en los programas desarrollados en otros muchos centros, es digna de profundo encomio: a través de su docencia, y de sus escritos, generaciones de empresarios han aprendido a enfrentarse de modo responsable con la tarea de crear las fuentes de riqueza que contribuyen a elevar el nivel y la calidad de la vida humana.

S. S. Juan Pablo II ha subrayado, especialmente en sus encíclicas *Laborem exercens* y *Sollicitudo rei socialis*, que la persona es —debe

ser—, siempre y en todo, para gloria de Dios, el sujeto y fin del trabajo, de la ciencia, del progreso económico y, en suma, de la historia de los pueblos. Por esto, la humanidad necesita también sabios, en el sentido clásico del vocablo, es decir, filósofos, amadores de la sabiduría, hombres y mujeres capaces de interrogarse acerca de las cuestiones últimas, para aportar respuestas sobre el ser y el sentido último de la realidad. La Profesora Elizabeth Anscombe, representante preclara de esta actitud filosófica y humana, honra con su trayectoria intelectual no sólo a la Universidad de Cambridge, sino a la historia de la filosofía contemporánea, a la que ha contribuido en tantos capítulos decisivos, desde la lógica hasta la metafísica y la moral.

Aunque la filosofía otorga un saber imprescindible y profundo, no es, sin embargo, la última y suprema sabiduría. El hombre está llamado a una hondura que trasciende a la razón humana, que consiste en la comunión con Dios: una llamada que sólo de Dios depende y que, por tanto, sólo Dios puede dar a conocer. La Palabra divina revela la radical dignidad del hombre —su condición de hijo de Dios—, y nos sitúa ante realidades decisivas —libertad, pecado, gracia, amor—, que iluminan la vida y la historia, y las orientan de modo plenamente humano y divino. Al incorporar al Claustro de Doctores al Cardenal Roger Etcheagaray, me complace subrayar su condición de Presidente del Consejo Pontificio *Iustitia et Pax*, su cualidad de colaborador cercano del Papa, cabeza de la Iglesia universal, y testigo ante el mundo entero —como lo fueron siempre a lo largo de los siglos los Obispos de Roma— de esas realidades decisivas que acabo de mencionar.

La humanidad atraviesa en estos tiempos una difícil encrucijada de su historia: motivos de optimismo se unen con razones que justifican la perplejidad y aun el temor. Zonas enteras de nuestro planeta padecen el flagelo de un subdesarrollo material, que dificulta a los hombres y a las mujeres de esos pueblos el vivir su destino en la tierra como hijos del Creador. En el extremo contrario de la escala social, otros países son protagonistas de un impresionante crecimiento científico y tecnológico, que les conduce a una rápida acumulación de bienes materiales. Estas sociedades corren velozmente con el desarrollo material, causando al mismo tiempo la impresión de no conocer, en ocasiones, la dirección en la que caminan ni la meta a la que pretenden llegar. No sin razón, alguno ha caracterizado su modo de vivir, en el que la ciencia y la técnica son vistas exclusivamente como medios para conseguir un mayor bienestar, como la «racionalización del hedonismo».

Desde una óptica cristiana, no podemos aceptar este modo de entender la vida de los hombres. Ni tampoco nos resignamos a pensar que esta reducción materialista de la cultura sea la inevitable conclusión del pensamiento, de la ciencia y de la técnica, que caracterizan los últimos siglos de nuestra era. Los hijos de la Iglesia vivimos con serena alegría este tiempo que nos ha tocado en suerte; llenos de agradecimiento al Creador, y también a tantos antecesores nuestros que han gastado sus vidas con el fin de dejarnos en herencia un mundo más humano, apreciamos todas las maravillas de la naturaleza y los inmensos beneficios del progreso material. Más aún, fiados en el mandato divino que, como a Simón Pedro, nos invita a bogar mar adentro (cfr. *Lc V, 4*), en medio de los afanes de todos los hombres, queremos participar activamente en la tarea de desarrollar la ciencia, de hacer progresar la técnica, de acrecentar el ya ingente patrimonio de la cultura humana.

Deseamos hacerlo, eso sí, en perfecta armonía con los planes eternos del Creador. Frente a quienes han pretendido, y pretenden todavía, construir el mundo de espaldas a Dios, los cristianos aspiramos —con ambición mucho más audaz— a ser con nuestro trabajo diligentes colaboradores de la obra creadora, en ejecución del mandato que Dios asignó a los hombres en los albores de la historia (cfr. *Gen I, 28*).

¡Qué gran papel corresponde a la institución universitaria, en el cumplimiento de esta tarea! Bien conscientes sois los que me escucháis de la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros, como cristianos y como universitarios, de contribuir a orientar todas las realidades humanas hacia su último Fin, Nuestro Dios y Señor.

La luz del Magisterio de la Iglesia nos precede, iluminando el camino. Rendimos en esta solemne circunstancia público tributo a nuestra Madre y Maestra, que no cesa de enseñar, acompañar y ayudar cada día a sus hijos. Agradecemos al Supremo Pastor de la Iglesia, al Santo Padre Juan Pablo II, sus desvelos por la suerte de la humanidad, manifestados en oración, en hechos y en palabras que constituyen para nosotros una guía segura.

Es de justicia también, y es además motivo de gran alegría, recordar de nuevo al Siervo de Dios Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y primer Gran Canciller de nuestra Universidad. Muchos de los aquí presentes habréis reconocido en las palabras que acabo de pronunciar un eco de sus enseñanzas.

Quisiera, para terminar, recordar algo que está también en el núcleo de la doctrina de nuestro Fundador: que estos ideales humanos y específicamente universitarios, a los que acabo de aludir, se ennoblecen aún más y llegan a su expresión suprema, cuando se insertan armónicamente en una honda vida personal de fe. Al unirnos a Dios, esta virtud nos descubre también con luces nuevas al hombre, y nos ayuda a servirle plenamente, de acuerdo con lo que le confiere su mayor dignidad: su condición de hijo de Dios. Es ésta una gran verdad que Mons. Escrivá de Balaguer se supo llamado a predicar desde el 2 de octubre de 1928, y a la que la Universidad de Navarra procura servir, en ocasiones solemnes como la de hoy y, sobre todo, en la prosa del trabajo cotidiano, en el transcurso sencillo de cada una de sus jornadas.